

México 1968-2018: saldos de una lucha desigual

La relación entre el Estado y la sociedad civil

*Carlos Pérez Zavala**

*Yolanda Corona Caraveo***

Resumen

En este artículo se plantea la tesis de que en nuestro país estamos acercándonos a la maduración de una conciencia política moderna que asume la democratización como una necesidad impostergable. Los anhelos de justicia y libertad que abanderaban los jóvenes estudiantes en 1968 tienen ahora condiciones de posibilidad para realizarse.

El contexto histórico para entender nuestro presente irremediablemente nos hace pensar en el año de 1968 como el punto de partida de una larga lucha de amplios sectores de la sociedad civil, sindicatos y no pocos movimientos sociales rurales y urbanos. Representa también la presencia de una cultura política de la sociedad mexicana que en los últimos 50 años estuvo luchando por defender derechos y promover acciones libertarias.

Palabras clave: resistencia, sociedad civil, movimientos sociales, democratización.

* Profesor-investigador, Departamento de Educación y Comunicación, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco. Correo electrónico: [cperez49@yahoo.com.mx].

** Profesora-investigadora, Departamento de Educación y Comunicación, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco. Correo electrónico: [yolanda.corona.c@gmail.com].

Abstract

This article deals with the thesis of that in our country we are getting close to the maturation of a modern political consciousness that assumes the democratization as an urgent necessity. The longing for justice and freedom that young students championed in 1968 now have conditions of possibility to perform.

The historical context for understanding our present inevitably makes us think in the year of 1968 as the starting point of a long struggle of broad sectors of civil society, trade unions and many rural and urban social movements. It also represents the presence of a political culture of Mexican society that was struggling to defend rights and promote libertarian in the last 50 years.

Keywords: resistance, social movements, civil society, democratization.

Introducción

En el México de nuestros días estamos presenciando cambios que parecen ser sustantivos en cuanto a las formas en que se ha ejercido el poder en los últimos 50 años. Está por verse si estos cambios involucran verdaderas transformaciones de fondo por las que se pueda hablar de una nueva propuesta de gobierno y un renovado proyecto de nación que aborde los grandes problemas nacionales.

¿Estamos en un momento histórico en el que después de medio siglo se vislumbra un cambio de régimen?; nos preguntamos: ¿cuáles son las oportunidades, los retos y las salidas que ofrece este momento histórico?, ¿podemos describirlo como un tiempo de esperanza para un buen número de mexicanos que han vivido las últimas décadas en la pobreza extrema?

Aunque todavía estamos muy cerca de los acontecimientos que hicieron posible la elección inobjetable de un presidente de izquierda en México para entender sus implicaciones, desde ahora podríamos decir que estamos viviendo un momento coyuntural en el que reapa-

rece la esperanza de construir un proyecto de nación diferente. Ciertamente hay grandes obstáculos estructurales que nos impiden ver la expresión concreta de las buenas intenciones que el nuevo gobierno se plantea. Lo más rescatable de este momento es el interés y la destacada participación de los ciudadanos mexicanos, específicamente en el proceso electoral, en el cual pudimos observar la participación de amplios sectores en los comicios. Para nosotros es un buen signo que la sociedad mexicana haya decidido expresar su necesidad de un cambio significativo en la conducción del país. En este texto nos parece importante analizar la relación planteada con el nuevo régimen a través de sus acciones concretas con agentes y actores no estatales, como los ciudadanos y las organizaciones de la sociedad civil.

El origen

Lo ocurrido tiene su origen en múltiples acontecimientos ocurridos durante los últimos 50 años con respecto al surgimiento de movimientos sociales y espacios de resistencia que la sociedad civil mexicana ha construido en ese tiempo.

Para entender nuestro presente, el contexto histórico nos hace pensar en unos años antes de la década de 1960 como el punto de partida de una larga lucha de amplios sectores de la sociedad civil, sindicatos y movimientos sociales rurales y urbanos. Representa también la presencia de una cultura política de la sociedad mexicana que, en los últimos 50 años, estuvo luchando por defender derechos y promover acciones libertarias. Si bien en ese momento histórico surgieron diversos movimientos sociales, como el de los ferrocarrileros con Campa y Vallejo, el de los maestros, el movimiento médico de 1964 y 1965, así como otros más que lucharon por mejores condiciones laborales y por una verdadera democracia. Fueron los movimientos de los estudiantes en 1968 los que inauguraron eventos históricos, los cuales nos mostraron la semilla de la esperanza de cambio y el punto de partida de un proyecto de nación alternativo que fue pensado por ellos. También, dicho sea de paso, observamos

que la gestación de lo que actualmente llamamos sociedad civil se remite a aquellos años. Aunque casi no se menciona la participación de los ciudadanos y de diversos grupos de la sociedad civil que apoyaban a los estudiantes, hay que reconocer su participación en los mítines, marchas y sobre todo en el apoyo económico que otorgaban a las brigadas de estudiantes. Todo ello era la constatación de que existían varios sectores que estaban apoyando el movimiento.

Hoy podemos ser testigos de una sociedad civil que, después de un largo proceso, representa un agente político indiscutible gracias a que fue alimentada por eventos posteriores, como la movilización de los ciudadanos en los sismos de 1985, las protestas contra los fraudes electorales de los años 1988, 2006 y 2012, situaciones que generaron niveles insospechados de inconformidad en amplios sectores sociales. En las elecciones de 1988, por ejemplo, pudimos atestiguar el despertar de una voluntad ciudadana que reclamaba un cambio significativo y que fue traicionada de forma flagrante. Sin embargo, estas afrentas nutrieron las expresiones ciudadanas de rechazo al régimen autoritario y despótico de aquellos años. En aquella ocasión atestiguamos un amplio fraude electoral, el cual fue replicado en elecciones posteriores, y paradójicamente, podemos decir que este evento colaboró en la gestación del cambio que en la actualidad estamos presenciando. Por ello, parecería que estamos ante una conciencia política ciudadana que asume la democratización como una necesidad impostergable.

El 2 de octubre no es sólo una efeméride, sino el punto de partida de una ola de cambios sociales, fermento de conciencias críticas y alimento de muchas acciones de resistencia. En la voz de los propios protagonistas de aquellas luchas en las que cientos de estudiantes fueron víctimas de un genocidio, el éxito de su gesta se hizo evidente a lo largo de los años como un triunfo político y moral, como un estandarte que siempre estuvo presente en la mayoría de los movimientos sociales contestatarios.

A lo largo de las últimas tres décadas hemos vivido episodios de violencia para reprimir las expresiones de descontento, resistencia y franca rebeldía. El grado de descomposición de las autoridades y

el desprestigio que cultivaron a lo largo de todo este periodo reafirmaron al estado mexicano como un estado criminal. Eventos como los de Aguas Blancas, Apatzingán, Tangüato, Tlatlaya, Nochixtlán, y otros más en los que el Estado y sus brazos armados combatieron a la población y provocaron una cascada de acciones represivas en la que murieron miles de mexicanos. Lo destacado es que existen innumerables casos que han dejado miles de víctimas a lo largo y ancho del país.

Herencias perversas

La desaparición de los 43 estudiantes de la normal rural “Raúl Isidro Burgos” en septiembre de 2014 fue la gota que derramó el vaso. Es interesante notar que Ackerman (2015:16) plantea que “ni el histórico movimiento estudiantil de 1968, ni el gran levantamiento de Chiapas en 1994 lograron en tan poco tiempo un vuelco tan fuerte en la conciencia y el empoderamiento social”. Coincidimos con el autor al señalar que este acontecimiento, representó la exacerbación de un Estado criminal que cavó su propia tumba y la prueba contundente de su derrota se expresó en los treinta millones de votos en su contra. Asimismo, Meyer (2016:88) propone la amplia movilización en contra de este aberrante hecho político representa un “arranque de cordura” que “no sólo es producto del crimen cometido por las autoridades de Iguala, sino de la suma de agravios del sistema político: inseguridad, brutalidad de autoridades y de sicarios, raquitismo de la economía, desempleo y subempleo crónicos, corrupción abierta e impune, ineficiencia institucional, etcétera”.

Este legado ha sido abrumador para los nuevos gobernantes en virtud de la enorme cantidad de injusticias, matanzas y crímenes que cometieron las anteriores autoridades, por lo cual se espera del nuevo gobierno acciones concretas que impidan que esto vuelva a suceder. Una pregunta es si hay las condiciones suficientes para el ejercicio de una democracia plena, puesto que —a pesar de que fue la voluntad de los ciudadanos lo que determinó el triunfo de Andrés Manuel

López Obrador como presidente— no parecería que el jefe del Ejecutivo esté mostrando un rumbo claro para preservar espacios de participación que aseguren una relación más sana entre el Estado y la sociedad civil.

Hasta hace algunos meses las lecturas posibles sobre la situación política de nuestro país eran muy poco halagüeñas. Todo indicaba que en México vivíamos una era de descomposición profunda y degradación de las instituciones, los valores y principios. Si observábamos a la clase política, a sus aliados y a los pudientes promotores de la empresa privada en el caso de nuestro país, al menos en los últimos 30 años, sólo veíamos horizontes devastados, actos criminales y acciones que nos mostraban la naturaleza de la simulación, la mentira y, lo más preocupante, la pérdida de sentido. Los saldos de esta devastación abanderada por un sistema neoliberal se inscribían en todos los rubros: violencia desbordada, inseguridad y aumento de víctimas, así como altos índices de pobreza de amplios sectores sociales. En la población había una preocupante tendencia hacia la normalización o naturalización de estas condiciones, tal vez, con la intención de cerrar los ojos ante las catástrofes económicas, políticas y sociales que se estaban viviendo. Sin embargo, en la actualidad después de observar los resultados electorales de la votación del primero de julio de 2017, vemos que gran parte de los mexicanos se pronunciaron por un cambio. Miles de mexicanos expresaron su hartazgo a esta catástrofe que llegó hasta sus vidas privadas no sólo por el deterioro de su calidad de vida, producto de la desigual distribución de la riqueza, sino porque alcanzó todos los ámbitos que se relacionan con los valores y principios fundamentales que garantizan sus propias vidas. Por ello, parecía clara la manifestación concreta de un amplio descontento y malestar hacia lo que habían hecho los últimos gobiernos del Partido Revolucionario Institucional (PRI) o del Partido Acción Nacional (PAN) al menos en los últimos treinta años. La exacerbación del malestar ha sido directamente proporcional a la enorme cuota de violencia e inseguridad al devastar la poca confianza que los ciudadanos habían depositado en sus autoridades. El signo del pasado reciente es, sin lugar a duda, el miedo; el miedo como fuente de ansiedad, como vehículo de lo vivido en nuestro país en los últimos

años. Sin embargo, las promesas del nuevo gobierno implican una cierta dosis de esperanza y expectativa de que este tiempo histórico tan oscuro se pueda remontar. Recordando la propuesta de (Baruch Spinoza, 2009) no puede existir el miedo sin esperanza, pero tampoco la esperanza sin miedo.

La coyuntura actual

En este espacio, no haremos un pronóstico halagüeño de lo que está por venir a partir del surgimiento de una nueva cultura política en la sociedad mexicana, más bien nos parece importante analizar si esta experiencia colectiva ha constatado la consolidación de una cultura democrática.

Para ello, debemos detenernos a mirar lo que ahora mismo enfrentamos como nación. En primer lugar, sabemos que los problemas que enfrenta el actual gobierno son inmensos. Ciertamente, hay muchos frentes¹ en donde se pondrán a prueba las buenas intenciones y los deseos de cambiar el estado de cosas heredadas. No bastará, seguramente, un sexenio para poder revertir el amplio grado de descomposición que padece la nación y que se ha mostrado en rasgos ominosos como la corrupción, la inseguridad, la violencia, así como la exclusión y la miseria de grandes sectores de la población.

El discurso político del actual presidente se ha centrado en la lucha contra la corrupción y la impunidad, así como una política que favorezca a las poblaciones más vulnerables. Ante esta postura nos surgen las siguientes preguntas:

¿Es realmente la corrupción el origen de todos nuestros males?; ¿es sólo la impunidad y la voracidad de los actores políticos por aumentar su riqueza a costa del erario la causa de la pobreza?; ¿es que la propuesta del Ejecutivo de proveer de trabajo y recursos a las poblaciones marginadas, así como la consolidación de una Guardia

¹ Nos referimos, por ejemplo, a los problemas medioambientales, el combate al crimen organizado, el mejoramiento de las condiciones económicas de las poblaciones vulnerables y el saneamiento de las instituciones que han estado marcadas por la corrupción.

Nacional, puede realmente disminuir la violencia y la emergencia de todos esos grupos delincuenciales que nos han llevado a este panorama devastador y abyecto que nos coloca en la indefensión y en peligro de perder la vida?

La naturaleza de estos problemas es muy compleja y se gestó desde hace mucho tiempo, pero nunca como ahora existe una percepción generalizada de que se han acrecentado significativamente en los últimos años. En 2018 se cumplieron 50 años de la masacre de cientos de estudiantes mexicanos en la plaza de las tres culturas, mientras que en los últimos 10 años podemos contar más de 200,000 personas asesinadas y 40,000 desaparecidas.² Tal parece que después de medio siglo no sólo siguen abiertas, sino que se han agravado las heridas que ha producido este sistema político.

Son 50 años que dibujan en su tránsito un país que se desangra y muestra la gravedad de los problemas que enfrentamos no puede resolverse tan sólo desde las esferas del poder, sino con una participación plena de los ciudadanos. Ante la corrupción e ineficacia de los anteriores gobiernos para atender los graves problemas de la población, muchas veces las organizaciones de la sociedad civil se han hecho cargo de proteger a sectores vulnerables como niñas, niños y adolescentes, así como el de millones de mujeres que han sufrido algún tipo de violencia durante los últimos tres sexenios.

Hay que reconocer que los logros de la sociedad civil para construir un proyecto de nación alternativo no han tenido la oportunidad de transformar de manera significativa las estructuras políticas en nuestro país, porque ha sido marginada de los procesos de toma de decisiones y de los espacios de poder. En estos días, una buena parte de los mexicanos nos hemos dado cuenta de que sí es posible pensar en una sociedad diferente, pero esto sólo será viable si los gobernantes son sensibles para incorporar las voces de la sociedad civil, de las comunidades indígenas, así como de los sectores obrero, campesino, magisterial y estudiantil.

² Datos de la Comisión Nacional de Derechos Humanos, *La Jornada*, 15 de abril de 2019, p. 8.

Paradójicamente, la actual administración ha desacreditado, menospreciado y retirado el apoyo del Estado a las organizaciones de la sociedad civil que han funcionado como instituciones alternativas de atención a poblaciones marginadas. De forma paralela, ha retomado las tendencias clientelares en las políticas públicas y ha convertido las consultas ciudadanas en actos a modo.

Durand Ponte explica así el funcionamiento político de naturaleza clientelar:

se debe reconocer que las situaciones de pobreza generan poder, las demandas representadas o mediadas por líderes u organizaciones sociales o políticas, generan poder de negociar [...] se traduce generalmente en formación de clientelas, en intercambio de favores, pero también puede derivar en la creación de derechos ... Las fuerzas políticas, en especial los partidos, utilizan las necesidades de los sectores pobres como motivo de promesas de solución, de falsa solidaridad, reproduciendo el clientelismo y el populismo [...] Se crea una especie de simbiosis entre pobreza (necesidades, apoyos) mediaciones (promesas-gestiones) y soluciones (reciprocidad real o simbólica) en la cual se reproduce la sub-ciudadanía (Durand Ponte, 2007:14).

De esta manera, la apuesta del actual gobierno no contempla el respeto y la construcción de ciudadanía, sino que se empeña en una política amoral de dar directamente los apoyos como si fueran una dádiva del gobierno, lo que implica que las personas deban dar las gracias por ello. En esa acción se oculta que el gobierno tiene la obligación de contar con instituciones que puedan garantizar la exigibilidad de los derechos de esos sectores.

Sin embargo, en las últimas décadas se ha desfondado la inercia, la costumbre de asumir que el gobierno estructura la sociedad y asume la intención y el rumbo de lo que los ciudadanos deben hacer y pensar. Todavía muchas personas siguen pensando que el gobierno es el único responsable de lo que nos suceda en nuestro tránsito por las instituciones, hay un giro de sentido por el que los procesos políticos y el país han atravesado hacen evidente que se requiere una

relación gobierno-sociedad que incluya la participación ciudadana en la definición de las políticas públicas, de manera que se asegure una verdadera gestión democrática.

Los retos y las oportunidades

Los resultados electorales son sólo indicadores de que algo está cambiando, por sí mismos no garantizan la efectividad de un cambio verdadero; pueden convertirse en cortinas de humo, en distractores de lo que debe preocuparnos. El índice de criminalidad y violencia no disminuirá significativamente en el corto plazo aun cuando se modifiquen las estrategias gubernamentales para enfrentar al crimen organizado y se cuente con una Guardia Nacional. Sin embargo, se pueden destacar varias acciones que claramente hablan de un giro importante en la política del Estado: la guerra declarada en contra de los huachicoleros aparece como una medida histórica, una acción valiente y acertada que ningún presidente anterior estuvo dispuesto a hacer y esto anuncia un cambio de estrategia para enfrentar la delincuencia y el crimen organizado a partir de acciones que reciben el apoyo de la mayoría de los ciudadanos. Asimismo, como lo plantea Zepeda (2019), se han introducido nuevas leyes en el ámbito laboral que, aun cuando no han roto por completo el control de las élites sindicales, por lo menos implica la intención de dejar atrás el corporativismo del viejo régimen. Sobre todo, se ha hecho énfasis en la necesidad de acabar con el dispendio, el saqueo y la corrupción de la clase política que se apropiaba de manera impune de los recursos públicos para su propio beneficio.

Sin embargo, a medida que pasa el tiempo, también hemos sido testigos de decisiones y acciones incongruentes del gobierno, sobre todo en la tendencia a concebir y definir las acciones desde arriba, sin una verdadera consulta ni participación de los ciudadanos. El desdén y descrédito del papel de las organizaciones de la sociedad civil es incomprensible. Si bien en la multiplicidad de organizaciones y grupos de la sociedad civil existen, sin lugar a duda, algunas que

han hecho uso indebido del apoyo del gobierno, otras han mostrado a lo largo de años un compromiso incondicional con las poblaciones vulnerables de nuestro país. Nos referimos, por ejemplo, a las organizaciones independientes en defensa de los derechos humanos, centros de apoyo a mujeres violentadas, redes por los derechos de la infancia, comisiones en defensa de las comunidades indígenas y grupos que defienden el medioambiente, por mencionar algunas.

Más de 300 colectivos de las organizaciones de la sociedad civil publicaron un comunicado en el que advierten el grave error del actual gobierno en relación con su política de descalificar a las organizaciones de la sociedad civil. Dicen en este comunicado:

descalificar a las organizaciones de la sociedad civil y afirmar que la mayoría son conservadoras, cercanas a los consorcios empresariales y que no están en la izquierda, revela un poco creíble desconocimiento de la realidad nacional o el ánimo de asumirse como exclusivo representante de los intereses populares, lo que por otro lado no siempre se demuestra en la práctica gubernamental, ni en sus alianzas, ni en la integración del gobierno (*La Jornada*, 2019:16).

La propuesta del presidente de otorgar financiamiento directo a mujeres violentadas, en lugar de dárselo a las organizaciones de la sociedad civil que las protegen, fue revertido por una serie de argumentos y movilizaciones. En este sentido nos parece necesario mencionar la importancia del concepto de *agencia* y su relevancia en el control que pueden tener grupos o personas sobre su contexto. La *agencia* se refiere a la acción, pero, como lo plantea Giddens (2011), es la acción como una cuestión referida al poder, que conlleva una conciencia y la capacidad de influir en las estructuras. No se trata sólo de la intención de hacer algo, sino también de una mediación entre flujos de acciones que destaca la dimensión relacional presente en toda acción. Por ello, no se refiere necesariamente al individuo, sino también a los colectivos y sobre todo implica el poder actuar en el mundo para introducir una novedad en esa tensión entre lo posible y lo imposible (Ema, 2004).

Por tanto, lo que nos corresponde a los ciudadanos es emprender el cambio desde las raíces. No se puede cambiar el escenario devastador de nuestro país si no empezamos a cambiar nuestras percepciones y acciones, y a entender nuestra capacidad de agencia como potencia, sobre todo a partir de asumir una responsabilidad para la acción a través de la construcción de redes y relaciones que nos permitan caminar hacia objetivos comunes, como la seguridad, el derecho a la libertad de expresión y el mejoramiento de las condiciones económicas, cancelando los privilegios de los funcionarios y los abusos de la clase política.

Es un reto formidable y no exento de obstáculos. El dejar sin sentido imposturas y simulacros inicia con hacer un vacío a los actores políticos que piensan que todo sigue igual a pesar de los vaivenes de la política. Se requiere no caer en las trampas de los mensajes de las campañas de desinformación y de las guerras sucias que se instrumentarán de forma inevitable en los días por venir tomándolas como verdades.

La verdadera participación ciudadana siempre va más allá de la emisión de un voto, se trata de actos conscientes y deliberados para construir un nuevo proyecto de nación en sintonía con los interlocutores afines en el escenario actual. Es necesario impregnar sentido desde la periferia hacia el centro, construir resonancias con otras personas que coinciden con nosotros y además nos escuchan y saben lo que significa el sonido de la voz colectiva. Como lo señala Manuel Canto:

Hablar de los procesos políticos de construcción de políticas implica hablar de los actores sociales, cuya intervención no debe ser vista como mera tecnología de gobierno, sino en tanto ciudadanos, es decir, en tanto portadores de derechos. Llegados a este punto, habría que afirmar que la participación ciudadana en las políticas públicas está en el centro del asunto de la gobernanza –y, por tanto, en el centro de la relación entre gobierno y sociedad– en torno a tres dimensiones básicas: democracia, desarrollo y derechos (Canto, 2008:7).

En este afán de una verdadera democracia, las coordenadas que se nos presentan son muy distintas a las que rigen los comportamientos de la política tradicional. Lo que para los actores políticos convencionales representaba el mayor interés, es decir, la distribución de las cuotas de poder, las negociaciones cupulares, el control de los procesos electorales y la supremacía de las instituciones sobre las personas para la sociedad civil pasa a ser algo secundario. Y de la misma manera los discursos e imaginarios sociales de los políticos pueden ser irrelevantes para los ciudadanos, ya que es de mayor importancia la construcción de políticas sociales en beneficio de las mayorías, la participación ciudadana, las consultas verdaderas, así como la atención a los problemas medioambientales.

Esto nos coloca en la necesidad de pensar desde la perspectiva de la complejidad de Edgar Morin (2001), mediante la cual podemos tratar de tejer una nueva lectura de lo que pensamos mediante la inclusión de la mayoría de los actores políticos que posibiliten una mirada amplia que incluya esas múltiples y variadas dimensiones.

La necesidad de una reflexión crítica

El pensamiento crítico que se gestó durante los últimos 50 años en círculos de intelectuales, narradores, periodistas y, sobre todo, en las universidades está llamado a coadyuvar en la construcción de un nuevo proyecto de sociedad. Haber conformado todo este tiempo escuelas y propuestas originales para pensar en las posibilidades de una sociedad libre y democrática tiene la oportunidad de materializarse en los terrenos de las acciones y proyectos dentro o fuera de los centros de poder.

Uno de los frutos de este pensamiento crítico es precisamente la construcción de una comunidad pensante, intelectuales adscritos a la necesidad de cambios sustanciales en los proyectos sociales. Profesionistas, maestros e investigadores dispuestos a colaborar con la realización de los viejos anhelos de una sociedad que ha esperado por largo tiempo su momento histórico.

Sin embargo, eso nos lleva a preguntarnos si la teoría también está agotada o desfondada. ¿Será que los llamados a la toma de conciencia y a la crítica de la sociedad de diversos intelectuales siguen teniendo alguna vigencia en esta realidad tan convulsionada? Nos parece que en estos terrenos tenemos que ser muy cautelosos. Seguimos pensando que la teoría no sólo es necesaria, sino inevitable si queremos pensar en el futuro y en el presente con cierta sensatez y lucidez.

Pensar es y seguirá siendo una tarea importante y generadora de nuevas perspectivas. Una primera premisa es que se debe ejercer la crítica de todo y de todos como una función creadora y propositiva. Pensar es, sin lugar a duda, una de las pocas áreas de autonomía disponible para cualquiera, y en cuanto al pensamiento social es un código de comunicación, un espacio que nos proyecta hacia una noción de sociedad de los hombres y las mujeres antes que una sociedad de instituciones y partidos.

Pensar, hacer y crear son las banderas de nuestro tiempo, como lo prefiguraron Hannah Arendt (2002), Walter Benjamin (2007) Michel Foucault (2017), Frederich Nietzsche (2012) y muchos otros pensadores. La tiranía del presente y la necesidad de responder a los imperativos del ahora nos hace olvidar que no hay respuestas fáciles a los complejos problemas actuales. Por ello, es necesario plantearnos como una estrategia inexorable hacer espacio para reflexionar detenidamente los problemas que enfrentamos.

Un ejemplo de los problemas que tenemos, no sólo los actores políticos, sino todos los ciudadanos, es saber qué hacemos para remediar las marejadas de inseguridad, cómo combatimos la violencia y la devastación que provoca en nuestros escenarios cotidianos.

Estos asuntos surgen como irremediables sólo si nos colocamos en la perspectiva de un presente que nos demanda respuestas rápidas y eficaces. Por ello, es importante asumir enfoques espacio-temporales más amplios, para tratar de entender nuestro lugar y los recursos teóricos y prácticos con los que contamos para intentar respuestas coherentes.

La perspectiva histórica nos amplía la mirada y nos permite buscar en los antecedentes algunas variables que han estado presentes a

lo largo de los años y han prohiado las condiciones para perpetuar la permanencia de los problemas que seguimos enfrentando en nuestro presente.

La primera reflexión que nos señala una posible luz en el camino está relacionada con el estudio del sistema político mexicano de las últimas décadas. Pensamos que gran parte de la explicación de la situación actual se refiere al cultivo de las peores características de una clase política que, en su afán de perpetuarse en el poder, ha establecido alianzas innumerables con otros actores ligados a la delincuencia organizada; han aprovechado el vacío moral y político que los partidos y las instituciones han dejado, en su búsqueda desesperada por lograr acrecentar su riqueza y su poder.

Las otras vertientes apuntan a relacionar la pérdida de legitimidad de las autoridades y de las instituciones con el hueco moral que los partidos —otora hegemónicos— crearon con sus acciones y omisiones al fomentar conductas fuera de la ley. Si los mismos funcionarios que decían defender las leyes eran los primeros en violarla, entonces no había parámetros morales para esperar que la población en general tuviera conductas moralmente aceptables.

Lo ininteligible de la violencia actual

En estos tiempos de oscuridad, presenciamos niveles de violencia nunca antes vistos, se hacen más evidentes los huecos de sentido que rodean a los actores políticos convencionales. Cuando pensamos en el desasosiego de las víctimas y sus familias que han sufrido la desaparición, el asesinato y la tortura, vemos en sus testimonios la desesperación, el horror de historias de vida bañadas por tragedias inexplicables.

¿Quién nos puede ayudar a entender el sentido de los altos niveles de violencia y del horror que los acompaña?

Los espectadores, si acaso podemos decir que todavía hay —pues todos somos protagonistas de una tragedia a la vuelta de la esquina— somos potenciales víctimas que asistimos de forma cotidiana a la lectura de estadísticas que hablan de cientos, miles de víctimas

como si fueran datos desligados de su significante.³ En cada historia personal, en cada testimonio doliente de miles de ciudadanos que han perdido a un ser querido vemos el verdadero tamaño de la tragedia.

Vemos el sentido de la vida no como una metáfora, sino como una realidad. Literalmente, uno se juega la vida todos los días y en cada una de las historias que escuchamos en la cotidianidad siempre están presentes el peligro y la incertidumbre. El peso de la palabra es así de contundente, inexorable. Los relatos no son más historias contadas por un narrador, son hechos sociales consumados que muestran claramente el dolor de las propias víctimas. Ante esta realidad no podemos mirar para otro lado, no podemos hacer que no está pasando.

Las tecnologías de la información y la comunicación han ganado una gran relevancia entre las personas y los colectivos, y han permitido aumentar la exposición de los acontecimientos sociales en grandes audiencias. Sin embargo, aunque denuncian lo que acontece en los escenarios globales y locales al mismo tiempo, parecen naturalizar o normalizar el estado de violencia actual. En no pocas ocasiones se leen como algo cotidiano, a la luz de tendencias que tratan de no mirar el primer plano y hacer de cuenta que todo se condensa en una imagen, en un texto que aparece en nuestras pantallas como noticia, como comentario aun cuando tengan la intención de ser denuncia (Baudrillard, 2008).

Por ello, hay una nueva percepción de los acontecimientos que vivimos todos los días. Existe siempre la necesidad de mantener nuestros sentidos en alerta. La incertidumbre reina en los lugares aparentemente más seguros y el miedo florece como una maldición que alcanza a los más aventurados. Los imaginarios sociales pueblan esta condición del presente, avanzan sobre sombras y malos presagios que se vuelven pesadas losas en las mentes de la mayoría de los ciudadanos.

³ “Según datos del Inegi más de 25 millones de mexicanos sufrieron algún delito en 2017”. *La Jornada*, 26 de septiembre de 2018, p. 1.

Las interpretaciones de lo que estamos viviendo en estos tiempos en la sociedad mexicana abundan en todos los medios y hay textos de investigadores sociales, sociólogos, politólogos y antropólogos, que exploran los parámetros económicos, políticos y psicosociales de la crisis. También tenemos los testimonios de articulistas y periodistas que viven de cerca el asedio de la violencia y en no pocas ocasiones han perdido la vida por hacer denuncias y declaraciones, en las cuales comprometen a los grupos dominantes dentro y fuera del Estado. Por ello, insistimos en que los testimonios de las víctimas y de sus familiares son la materia prima para poder entender el significado de esta tragedia, pues son ellos quienes saben en carne propia cuál es el sentido, o deberíamos decir sinsentido, de esta pesadilla.

Las versiones surgen de los actores estatales y periodistas ligados al poder nos hacen creer que estamos padeciendo los embates de enemigos que son externos al sistema, de los otros, de los malos y, con ello, exculpan a los participantes en las estructuras internas del poder. Los síntomas de una descomposición social y psicológica se pueden rastrear en estas versiones que nos hablan sobre el enemigo afuera del Estado y sus instituciones.

Los principales actores políticos comulgan con esta versión y depositan toda la responsabilidad en los sicarios y capos que comandan los cárteles dentro del territorio nacional. Por supuesto que éstos son los principales actores materiales de este clima de violencia, pero no podemos olvidar que han proliferado a partir de los vacíos que ha dejado un Estado sin legitimidad y omiso ante la presencia de los grupos delincuenciales en el territorio mexicano.

El problema de la violencia, la corrupción y la falta de instituciones legítimas que convoquen a los ciudadanos a respetar la ley habita los intersticios de las instituciones del Estado. Dicho problema es cosustancial al sistema y, por ello, resulta complicado entenderlo si no consideramos seriamente las propuestas que intentan ver la totalidad de las variables y dimensiones involucradas en esta cuestión. El enemigo está en las entrañas del sistema y, tal vez, coexiste dentro de nosotros mismos.

Aun los bien intencionados que proponen combatir la violencia y sus consecuencias con reestructuraciones de los niveles de desigualdad social, no entienden que el problema no sólo obedece a los altos índices de pobreza y pobreza extrema de amplios sectores sociales. Es necesario construir propuestas multirreferenciales que abarquen a la mayor parte de los factores involucrados y en el mejor de los casos, los esfuerzos de disminuir la inseguridad tomarán mucho tiempo. Es un cambio que con suerte se verá dentro de varias generaciones y tendrá frutos auspiciosos siempre y cuando se inicie desde ahora un replanteamiento de las estrategias para combatir estos problemas.

Sin embargo, es claro que no basta con la voluntad política de resolverlos, se requiere de un cambio profundo, de una propuesta ética, en la cual los primeros abanderados tendrán que ser los propios ciudadanos. También es necesario que toda la sociedad construya nuevas formas de significación, otras representaciones relacionadas con nuestras posibilidades de incidir en las propuestas gubernamentales y de los otros actores sociales. En relación con lo que se puede hacer desde ahora y desde abajo, se debe fortalecer los vínculos entre grupos y comunidades para construir redes de intercambio en las que prevalezca la confianza y la seguridad a partir de fortalecer las relaciones interpersonales, grupales e institucionales. Hay que favorecer las expresiones culturales que fortalezcan los vínculos comunitarios, es necesario, también, recuperar espacios para la convivencia en donde se pueda garantizar la seguridad por la vía de la confianza. El cultivo de manifestaciones estéticas y expresiones artísticas hace posible superar el miedo y la incertidumbre mediante la construcción de vínculos que utilizan otros lenguajes y significantes; es inaplazable. Se sugiere cambiar las prácticas culturales, las expresiones de la subjetividad social y la construcción de imaginarios sociales instituyentes.

Reflexiones finales

Mientras no haya un cambio de rumbo que proponga una nueva estrategia para enfrentar estos graves problemas de inseguridad, violencia y corrupción no se podrá avanzar en todas las demás dimensiones de organización social. Aun en el mejor de los casos, si es pensable que los actores preponderantes respeten las acciones y propuestas políticas de los nuevos gobernantes, se deberá fortalecer la voluntad ciudadana y las organizaciones de la sociedad civil para seguir buscando nuevas formas de participación política en las que se tome en cuenta la opinión de las mayorías.

En caso de que realmente haya un cambio de dirección, que tome en serio la necesidad de profundizar en los diversos ámbitos y dimensiones de estos problemas, se podría hablar de un escenario auspicioso para encontrar posibles salidas a la crisis actuales.

Sin duda, hay mucho camino por recorrer para lograr que los ciudadanos se conciban como agentes políticos capaces de participar en la construcción de un orden social que propicie el ejercicio de la responsabilidad social que tenemos, y nos permita sentirnos como sujetos de derecho capaces de exigir acciones a los gobernantes que verdaderamente respondan al bien común.

Referencias

- Ackerman, John (2015), *El mito de la transición democrática. Nuevas coordenadas para la transformación del régimen mexicano*, Planeta, México.
- Arendt, Hannah (2002), *La vida del espíritu*, Paidós, Barcelona.
- Baudrillard, Jean (2008), *El pacto de lucidez o la inteligencia del mal*, Amorrortu Editores, Buenos Aires.
- Benjamin, Walter (2007), *Conceptos de filosofía de la historia*, Terramar, Buenos Aires.
- Canto Chac, Manuel (2008), “Gobernanza y participación ciudadana en las políticas públicas frente al reto del desarrollo”, *Política y Cultura*, núm. 30, UAM-Xochimilco, México.

- De Souza Santos, B. (2006), *Renovar la teoría crítica y reinventar la emancipación social*, CLACSO, Buenos Aires.
- Durand Ponte, Víctor Manuel (2007), *Marginalidad, exclusión, participación y ciudadanía. Proyecto de investigación*, UNAM, México.
- Ema, José Enrique (2004), “Del sujeto a la agencia (A través de lo político)”, *Athenea digital, Revista de pensamiento e investigación social*, núm. 5, Universidad Autónoma de Barcelona, pp. 1-24.
- Foucault, Michel (2017), *El gobierno de sí y de los otros*, FCE, México.
- Giddens, Anthony (2011), *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*, Amorrortu, Buenos Aires.
- Meyer, Lorenzo (2016), *Distopía mexicana. Perspectivas para una nueva transición*, Penguin Random House, México.
- Morin, Edgar (2001), *Introducción al pensamiento complejo*, Gedisa, Barcelona.
- Nietzsche, Friedrich (2012), *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*, Tecnos Universitario, Madrid.
- Robles, Marco y Benjamín Salmón (2018), “El mexicano hoy. Igual de liberal, pero más salvaje”, *Revista Nexos*, núm. 485, año 41, vol. XL, México.
- Spinoza, Baruch (2009), *Tratado de la reforma del entendimiento*, Editorial Colihue, Buenos Aires.
- Zepeda Patterson, Jorge (2019), “Mesura”, *Sin Embargo*, consultado en [https://www.sinembargo.mx/05-05-2019/3576140], (6 de mayo de 2019).

Hemerografía

- La Jornada* (2018), “Según datos del Inegi más de 25 millones de mexicanos sufrieron algún delito en 2017”, 26 de septiembre, p. 1
- La Jornada* (2019), “Comisión Nacional de Derechos Humanos”, 15 de abril, p. 8.
- La Jornada* (2019), “Las ONG reivindican importancia de su labor ante postura de AMLO”, 2 de mayo, p. 16.

Fecha de recepción: 08/05/19
 Fecha de aceptación: 20/05/19